

EN TIEMPO DE TORMENTAS

*A mi abuelo
Gregorio.*

Capítulo 1

Gregorio conoció a Marcela a principios del verano de 1917. Aunque el ambiente internacional estaba candente, las personas vivían sus vidas con total despreocupación, ajenas a que los meses siguientes serían decisivos para la historia de la humanidad. Pero vayamos paso por paso.

El padre de Marcela se llamaba Leopoldo y poseía una de las mayores fábricas de tornillos y tuercas del país. Era un hombre alto, de fuertes mandíbulas, rara vez se le podía ver relajado y disfrutando de las pequeñas cosas de la vida que te hacen sentir vivo. Era un señor que solo vivía para sus negocios y no es de extrañar la reacción que tuvo cuando María, la madre de Marcela, le pidió a su marido poder pasar todos juntos los meses de verano en la mansión de Isla Verina.

Leopoldo sabía que no era el momento de dejar la empresa en manos del torpe de su ayudante. En los siguientes meses probablemente se decidiría el futuro de su bolsillo y por supuesto el de su familia. Pero Leopoldo jamás pudo negarse a los deseos de su mujer y menos cuando ella ponía esa mirada prediseñada de corderito degollado.

María, aun a sus cuarenta años, seguía siendo tremendamente atractiva. Su físico no era ni por el asomo el que tenía cuando enamoró a Leopoldo, pero ella era una de esas mujeres que cuando entraban en una habitación lo hacían pisando fuerte y por

lo general todo el mundo solía pararse, aunque solo fuera un segundo, a verla pasar.

Marcela era joven, tenía una gran melena castaña, la cual su criada, llamada Aurora, se encargaba de peinar y cepillar todas las mañanas. Su cara era la de una niña aun inexperta, pero ya dejaba entrever pequeños atisbos de rebelión y ganas de vivir en sus cristalinos ojos color chocolate. Pasaba muchas horas al día estudiando con sus profesores de matemáticas, literatura, piano y deportes. Lo más que le gustaba de las horas de ejercicio es que al menos le permitían salir fuera de las agobiantes y encarceladoras paredes de su casa. En la mansión había vacas, cerdos, cabras, gallinas y caballos entre otros animales, además de inmensos campos de cultivo en donde crecían las vides que daban las mejores uvas de la región. Últimamente Marcela solía escaparse a hurtadillas a los establos, en donde montaba a su mejor caballo, llamado Cipriano (Un pura sangre español, de color blanco perla y una enorme melena plateada). Solía llegar más allá de las tierras de la familia, para luego volver a casa, pasando primero por las bodegas en donde solía estar Dámaso, el encargado del vino. Juntos solían disfrutar de un vaso de vino mientras poco a poco acababan con algún queso de cabra y un poco de pan. No se vivía mal en la casa de los Baeza.

La vida de Gregorio, en cambio, no era tan glamorosa. Él no tenía lujos de los que presumir, ni siquiera profesores de los que aprender. Lo único que tenía consigo era esas enormes ganas de vivir y descubrir.

La familia de Gregorio siempre fue pobre. Cuando cumplió la tierna edad de nueve años, sus padres consideraron que no estaban dispuestos a cargar con otra boca más a la que alimentar. Tres

hijos eran suficientes para ellos. Aunque le doliera en el alma, su padre lo llevó al puerto en donde Fermín (el dueño de varios barcos de pesca), pagó para que el chico trabajara para él de forma indefinida. Lo subió en su pequeño barco y juntos, amo y sirviente, partieron para jamás volver al puerto en donde Gregorio vio por última vez a su padre.

Fermín fue el tutor del chico. Le enseñó todo lo que debía saber para ser un buen pescador, a mantenerse con vida dentro y fuera del barco en donde el mundo es tan fiero con los débiles de corazón. Incluso le enseñó a nadar a la manera de antes (patada en el culo y si no nadas te vas para el fondo). La infancia de Gregorio fue corta y dura. Tuvo que trabajar arduamente desde muy pronto, pero jamás perdió la sonrisa y las ganas de vivir.

El día en que sucedió lo que os voy a contar, el sol lucía con fuerza y la mar estaba en calma. Los tripulantes del barco de pesca, de nombre La Graciosa, iban rumbo a Isla Verina. Tenían intención vender la mayor cantidad de pescado fresco posible antes de repostar, descansar unos días y volver a partir en busca de los ingentes y esquivos bancos de sardinas.

Cinco hombres navegaban en “La Graciosa”. Gregorio y dos chicos más se encargaban de las redes y las cañas, entre otras cosas. Sus nombres eran Arturo y Benito. Arturo era un hombre grande, grueso y rudo. Tenía barba, no era especialmente larga pero sí que era muy oscura y le otorgaba carácter a su rostro, su pelo era igual de oscuro, rizado y enmarañado. Con los años el salitre había conseguido que su cabellera tuviera un tacto áspero y horriblemente seco. Pese a todo ello, era un hombre fuerte y viril y las mujeres no se resistían a sus encantos, o eso se esmeraba él en ir pregonando por allá por donde fuere. Benito en cambio

era un chiquillo algo escuálido, tenía el pelo liso y castaño, solía tenerlo bastante corto. Su cara era la de un niño y apenas tenía cuatro pelos en el bigote. Era simpático e intentaba siempre utilizar esa cualidad con las mujeres. Lo cierto es que no le daba muy buen resultado, era el clásico chico con una gran cantidad de amigas pero lo cierto es que pocas llegaban más allá con él. Es más, Benito tenía que soportar comentarios de sus amigas del tipo: “¡Qué hombre tan fuerte es tu amigo Arturo!” o “Gregorio no tiene novia, ¿verdad? ¡Es tan guapo!”

Bernardo era el maquinista del barco. Era un ser hurafío y siniestro, dedicado por completo a sus motores de vapor. Gregorio, personalmente, prefería pescar en un barco de vela de los de toda la vida. No le gustaba nada ese nuevo invento que había traído Fermín a Isla Verina (aunque de nuevo no tenía nada, pero lo cierto es que todos los avances de ciencia, tecnología o simplemente la moda, solían llegar allí con muchos años de retraso). La chimenea desentonaba completamente con el barco y tenías que tener en cuenta de donde soplaban el viento, porque en cuanto te descuidaras podías acabar ahumado de los pies a la cabeza. El sueño de Gregorio era poder tener algún día su propio barco de vela en el que ir a navegar sin tener que dar cuentas a nadie.

Fermín era el capitán del barco. Nueve años habían pasado desde aquel día en que acogió a Gregorio como si fuera de su familia, y no habían pasado desapercibidos en su cuerpo. La piel del hombre estaba desgastada por el sol, en la cabeza apenas lucía pelo ya, aunque lo ocultaba con una boina ladeada, tenía una gran barba blanca y era raro verlo sin que estuviera fumando alguno de sus puros.

Llegaron al puerto por la mañana y esperaban vender todo el pescado antes del mediodía. Cuando atracaron, los tres muchachos bajaron del barco, lo afianzaron al muelle apretando bien los cabos, pusieron las cajas de pescado en el suelo y esperaron a que la gente del pueblo comenzara a llegar.

Justo en frente del puerto había un mercado en donde las personas hacían sus compras, todo el pueblo se reunía en esa zona. Era impresionante, o al menos a Gregorio se lo parecía, ver a toda esa gente arremolinada en torno a la comida parloteando entretenidos como si fueran miles de palomas revoltosas en la plaza del pueblo peleando por devorar las migas de algún pan mohoso que alguien desechara.

Ya habían vendido una caja de langostas, tres de sardinas y dos de calamares, cuando entre la multitud consiguió verla por primera vez. Llevaba un maravilloso vestido amarillo del siglo XIX, un pañuelo a juego adornando su cuello y un pequeño parasol, el cual evitaba que su rostro se viera estropeado por el sol del verano.

La chica andaba de un lado para otro hablando relajadamente con una mujer que parecía ser de su servicio. Era especialmente bella y se movía con mucha delicadeza y elegancia a través de la muchedumbre.

Marcela sostuvo una manzana roja en su mano, la analizó rápidamente con una mirada crítica, la olió y luego la mordió con cuidado de no manchar nada con el jugo de la fruta.

Gregorio la estaba mirando fijamente mientras cargaba una de las cajas de sardinas. El pánico se adueñó de él por completo, el pulso se le aceleró peligrosamente, a sus ojos pareció olvidarse les

pestañear durante un buen rato y los músculos del cuerpo entero se le engarrotaron.

— ¡Olvidalo...! —dijo Benito. Por lo visto, su congoja era más que evidente—. Esa es Marcela Baeza. Es la hija de Leopoldo Baeza. Son gente rica que a veces vienen al pueblo. Tienen unas tierras a las afueras. Son tierras más grandes que este puerto, así que imagínatelo.

— ¡¿Qué...?! Si yo no... —el chico aún estaba un poco anonadado cuando su amigo le habló, así que tardó un poco en entender lo que le había dicho—. ¿Tan ricos son?

—Eso y más —contestó Benito—. Hazme caso Gregorio, esa es mucha mujer para ti. Volvamos a lo nuestro.

—Sí, supongo que es lo mejor...

El chico se agachó para coger una nueva caja de pescado. En su mirada se podía ver la decepción, la resignación y la culpa. Pero cuando volvió a levantar la vista, vio como esa chica imposible de alcanzar, le devolvía la mirada. La muchacha clavó sus ojos en él un segundo, mientras pagaba a la frutera por una cesta de manzanas rojas. Y luego, aunque solo duró un instante, Marcela esbozó una sonrisa dedicada al tímido pescador, que la observaba desde lo lejos. Luego volvió a mirar a la tendera, la saludó y se perdió entre la multitud seguida de su criada.

Cuando el día dio paso a la noche, los tres pescadores llegaron a la posada del pueblo. La sala era pequeña, oscura y húmeda. Las cucarachas correteaban por las paredes intentando sortear los insistentes ataques del sucio gato marrón de la dueña, mientras los

hombres bebían vino hasta altas horas de la madrugada. Y allí, en una de las esquinas, estaba Gregorio. Miraba al cielo, embelesado, por una de las pequeñas ventanas mientras sus amigos hablaban de las capturas del día. Cuando uno decía que había pescado un pez grande, el otro decía que el suyo era un poco más grande, pero casualmente el primero recordaba, de repente, que después pescó un pez un poco más grande que el de su compañero. Puede que pasara media hora antes de que se percataran de la cara de bobalicón que tenía Gregorio mientras miraba las estrellas.

– ¿A éste qué le pasa...?–soltó Arturo de repente. Gregorio fue consciente de que en su cara se podía ver lo que estaba pensando. Así que rápidamente se puso serio, cogió su vaso de vino y bebió un buen trago.

– ¿Tú qué crees que le pasa?–dijo Benito–. Aquí el caballero se nos ha enamorado hoy.

– ¿Qué estás diciendo?–saltó Gregorio–. De eso nada...

–Pero no te pongas colorado...–dijo Arturo. Bebió un gran trago, se secó la barba con la manga de su camiseta blanca y luego continuó–. Yo hace tiempo me enamoré de una chica también. Era una chica muy hermosa, su pelo era muy largo y tenía unas buenas caderas. Pero lo mejor de ella era...

–Sí Arturo, ya conocemos tu historia de la muchacha rubia de enormes pechos– dijo Benito–. Deja que hable Gregorio.

– ¿Sabes lo que te digo, Benito?–replicó Arturo–. Te digo...que si no estuviera tan borracho, te daría una buena paliza.

–Arturo, bien sabes que si no me pones la mano encima es porque sabes que yo te puedo partir en dos de un solo golpe.

– ¡JÁ!–soltó Arturo con fuerza. Luego le dio una palmada a Benito en la espalda, mientras volvía a beber otro trago más de vino.

Hay que decir que del golpe que le dio, Benito casi pierde una costilla. Pero así era Arturo, un hombre fuerte curtido en la mar—. Dime, Gregorio, ¿esa chica que te gusta tanto... tiene buenas...?

– ¿Pero qué dices burro?– lo cortó rápidamente Benito. Aunque lo que no pudo cortar fue el gesto que hizo con ambas manos. El cual, logró sacarle una tímida sonrisa a Gregorio—. Yo creo que sé a quién se refiere. Y es muy bella, si es eso lo que preguntas...

–Es la mujer más bella que he visto jamás– dijo Gregorio—. Cuando la gente se apartó y conseguí verla... el tiempo se detuvo. No sé cuánto estuve mirándola, pero para mí pasaron horas. Para que me entendáis, fue como cuando sujetamos la caña con fuerza, esperando la captura de nuestras vidas. Será duro y lo sabemos, pero allí estamos nosotros, sujetando con fuerza. Pasa el tiempo, creemos que jamás conseguiremos nada y justo cuando pensamos en tirar la toalla... sientes algo. Una pequeña vibración que te pone alerta. Lo que esperabas, es el momento de demostrar lo que sabes. Si te precipitas, la pierdes y si tardas mucho... simplemente va a comer a otro lugar. Lo que hagas a partir de ese momento decidirá el resto de tu vida. Marcado para siempre con la victoria o la derrota. Ese pequeño instante de mi vida pasó muy despacio. ¿Qué hacer? ¿Cómo hacerlo? ¿Y por qué? Nadie nos enseña a esto. Siento que es como el día que aprendí a nadar. Tuve un

segundo para entender que estaba cayendo al frío mar. De mí y solo de mí dependía conseguir llegar a la superficie y respirar. Jamás algo tan básico como el aire fue tanpreciado para mí. Aún recuerdo ese día, como jamás olvidaré este que he vivido hoy.

–Amigo, lo que el amor hace contigo es impresionante–dijo Benito–. Te ha vuelto poeta.

–Yo no lo entiendo... –saltó Arturo–. Acaso... ¿hablaste con ella? Porque yo hoy no te he visto hablar con ninguna muchacha hermosa de grandes pechos.

–Lo cierto es que no–respondió Gregorio–. Simplemente... nos miramos.

–Entonces... ¿Cómo puedes estar enamorado de ella sin conocerla?–continuó Arturo– ¿Y si es tonta, tiene la voz de pito o algo así?

–Esas cosas, Amigo mío, simplemente se saben–dijo Benito, defendiendo a Gregorio.

–¿Y quién era? ¿Una chica del pueblo?

–Es Marcela Baeza, la hija de Leopoldo Baeza–contestó Benito, en voz baja.

–¿¡Qué!?! ¿Estás loco?–gritó Arturo.

–¡Shh!– chistó Benito.

–Sé que es una locura pero... supongo que no hay nada de malo en soñar un poco ¿Verdad?

–Supongo que no pasa nada si solo es un sueño–dijo Arturo–. Los de la clase baja sabemos que no nos tenemos que juntar con los de la clase alta. La sociedad jamás lo permitiría.

–Lo sé, lo sé. Pero era tan bella... que hasta duele en alguna parte de mi pecho.

–Eso sí... ¡BRINDEMOS POR SUS PECHOS!– gritó Arturo.

–¡POR SUS PECHOS...! ¡POR SUS PECHOS...!– gritó a continuación la taberna entera.

La noche transcurrió entre bailes, vino y risas. Y cuando el sol comenzó a salir, tímidamente, entre las colinas, los muchachos llegaron a la pequeña casa en donde vivían los tres juntos.

Alguien dijo algo de ir a coger marisco, otro creo que dijo algo de ir a espiar a las chicas a la playa. Pero cinco minutos después estaban todos roncando panza arriba.

A las once de la mañana, un muchacho delgado llamado Roberto, llegó a la casa en donde vivían los tres amigos. El chico montaba una bicicleta rudimentaria y algo ajada. La dejó bien puesta al lado de la puerta principal y con decisión entró dentro del hogar.

– ¿Muchachos...?–preguntó en voz alta–. ¿Dónde estáis?

– ¡Ya vamos Roberto, ya vamos!–Arturo emergió de dentro de una de las habitaciones contiguas. En su cara se veían los excesos de la noche anterior. El pelo estaba más despeinado de lo normal, no llevaba camisa y tenía algo pegado en la cara, no sé bien qué era–. ¿Qué vienes buscando?

El resto de chicos entraron en la sala. Sus aspectos eran igual de desastrosos que el de Arturo.

– ¡A vosotros! El patrón me ha enviado a mandarles a uno de ustedes un recado.

Lo que Gregorio pensaba en realidad que Fermín había hecho, era mandar a Roberto a hacer el encargo. Y ahora él estaba mandándoles a ellos a cumplir con el trabajo. Algo completamente injusto, pero eso era ya normal tratándose de Roberto. A ninguno de los tres les caía bien ese chico, pero había que ser simpático, ya que era el hijo de Fermín. No es de extrañar la mueca que hizo Gregorio cuando escuchó a lo que venía. Pero pronto se le quitó la mala cara al seguir escuchando.

–Hay que llevar un atún mediano a la mansión de los Baeza–dijo Roberto.

– ¿Y quién lo va a llevar?–preguntó Arturo ajeno a la cara de bobalicón que estaba desarrollando Gregorio a su lado.

–Yo había pensado en ti, Arturo. Eres fuerte y no creo que tengas problemas en llevarlo.

– ¡Yo lo llevaré!–dijo Gregorio. Las palabras se le amontonaban en la boca y salían disparadas.

– ¿Tu?–preguntó Roberto con incredibilidad.

Al darse cuenta de lo que Gregorio estaba tramando, Benito intentó ayudarlo.

– ¡Sí! Gregorio es muy fuerte también–dijo–. Una vez lo vi partir una tabla de madera de un solo golpe. Y era una tabla muy gorda.

–Gracias, Benito– soltó Gregorio con un tono irónico–. Yo lo llevaré. No hay problema. Dejemos descansar a los chicos.

– ¡Vale, decidido entonces!–concluyó finalmente Roberto– . Vea buscar el atún al pueblo y... ya sabes. Por cierto, entra por detrás. Por donde está la cocina, déjalo allí y vente. El atún ya está pagado, así que no hables con nadie de la casa que no sea del servicio. No quisiera tenerte paseándote por la casa con la mano levantada pidiendo dinero. ¡Sería bochornoso! Lo dicho, que me voy– se dio media vuelta y se dispuso a irse.

– ¡Espera!–soltó Gregorio–. Soy fuerte, pero la mansión está lejos. ¿Sería tu padre tan amable de tenerme preparado en el pueblo un transporte tan útil como tu bicicleta? Quisiera volver cuanto antes y ponerme a trabajar en el barco. Hay algunas cosas que necesitan arreglo.

– ¿Un transporte útil?–repitió Roberto–. Está bien, se lo diré. Tendrás tu transporte, pero ve rápido al pueblo. No sé si Leopoldo quiere el atún para almorzar.

No sabría decir si el transporte que le estaba esperando en el puerto era más útil que la bicicleta de Roberto, pero seguro que

era más... peludo. Una burrita joven, algo sucia y con cara de pocos amigos. Fermín la señaló con su dedo inquisidor, luego lo señaló a él y más tarde señaló al camino que llevaba a la mansión de los Baeza. La burra, la cual estaba entretenida comiéndose las pequeñas hierbas que crecían tímidas entre los adoquines, no quiso moverse al instante. El pobre chico tuvo que aporrear, patear, empujar y hasta saltarle encima. Pero no quería moverse. Era bastante cómico ver al muchacho deslomarse de ese modo. Y de repente, cuando el inexperto jinete estuvo a punto de tirar la toalla, la burra marchó a paso lento con su redonda barriga dando bandazos.

La entrada a las tierras de los Baeza estaba considerablemente alejada de la casa. No sabría medirlo en kilómetros, pero para que os hagáis una idea diré que entre la entrada y el edificio principal había un jardín con una gran variedad de árboles, flores y arbustos; más allá, por el lado derecho, los jardineros trabajaban en un maravilloso laberinto de diferentes tipos de enredaderas; a la izquierda, oculto entre los abetos, había un pequeño estanque creado por una familia de castores; detrás de la mansión, en la colina de la montaña, estaban los campos de las vides; justo el centro estaba atravesado por una carretera de piedra, que llevaba desde la entrada hasta la mansión. Los árboles del perímetro más cercano a ésta, parecían inclinarse levemente, dando una sensación de protección y sosiego.

Poco después de adentrarse en el lugar Gregorio pudo ver un gran drago a la izquierda. El árbol reinaba imperioso en lo alto de una pequeña colina. Al acercarse más pudo ver que, en las faldas del mismo, había una mujer leyendo, apaciblemente, un libro. Cuando se acercó un poco más pudo confirmar sus sospechas. La chica era Marcela Baeza. El corazón se le desbocó de súbito. Es

cierto que aceptó el trabajo para poder verla, pero también es verdad que fue el más puro de los impulsos y está claro que no había pensado en ningún plan.

Siguió marchando encima de la burra hacia ella, sumido en sus pensamientos.

“No puedo presentarme de repente y decir... ¡Hola! Tú no me conoces, pero yo te vi un día y creo que te quiero. Lo más probable que pasara es que gritaría y saldría corriendo, o peor, se reiría de mí en mi cara. No, no, hay que pensar en otra cosa. A lo mejor si paso de largo ella se pregunta quién soy y me llama desde lo lejos. Aunque lo más seguro es que no...”

Así estuvo un buen rato. Era una mezcla entre adorable y patético. El pobre chaval sabía que la chica estaba en una posición social elevada, que él solo era un pescador y lo peor, que ella era hermosa. Normal que dudara.

– ¡Hola! ¿Quién eres?– abstraído y nervioso, el chico fue a parar sin darse cuenta a los pies de la muchacha.

– ¿Qué?–contestó Gregorio sobresaltado.

– ¿Qué quién eres?–ella parecía estar algo molesta. No le gustaba que la importunasen mientras leía uno de sus antiguos libros de amor.

– ¡Ho... hola!–farfulló.

– ¿Y bien?—aunque no lo mostró, comenzó a hacerle gracia el pobre muchacho tembloroso que fue a parar a sus pies con una burra sucia y mal cuidada.

– ¡Muy bien, gracias! ¿Y tú?—en ese momento, Marcela tuvo que taparse delicadamente la boca con su libro para no parecer descortés.

–Yo soy Marcela ¿Y tú?

–Yo soy Gregorio—dijo finalmente muy orgulloso de haber entablado una, tan larga, conversación con ella.

– ¿Y qué trae a tan apuesto jinete a los lindes de mis dominios? Aunque más exactamente sería decir los dominios de mi padre.

– ¿Qué?— no hacía falta decir que Gregorio no era un erudito y tantas palabras seguidas lo adormecían un poco—. ¡Ah! Pescado. Un buen atún.

–No hay peces por aquí y no veo cañas en tu burro... –

¡Burra...!

– ¿Perdona...?

–Que es burra, digo. No burro—la complicidad comenzó a brotar entre ellos poco a poco—. Pero no vengo a pescar, sino a traer el pescado.

– ¡Ah! ¡Eso lo explica todo!–Marcela le dedicó una sonrisa pi-carona y burlesca a su nuevo amigo.

–Es un atún muy bonito... ¿quieres verlo?–Gregorio metió la mano en el saco y dejó atisbar unos centímetros del atún, pero al ver la cara de pavor que estaba exhibiendo Marcela... volvió a dejarlo todo en donde estaba.

Los segundos posteriores fueron algo incómodos. Hasta que Gregorio volvió a hablar.

– ¿Qué leías?–dijo mientras hacía un movimiento algo extraño. Quería bajarse de la dichosa burra y sentarse junto a ella, pero no sabía si la muchacha se lo tomaría como una falta de respeto. Así que volvió a su posición original.

–Puedes sentarte aquí conmigo si quieres... – Marcela era bastante observadora y Gregorio hoy estaba algo más patoso de lo normal.

–Gracias. Estoy bastante cansado de estar encima de la burra. No lo parece, pero es muy huesuda.

–Es Romeo y Julieta, una tragedia de William Shakespeare. Cuenta la historia de dos jóvenes enamorados que, a pesar de la oposición de sus familias, rivales entre sí, deciden luchar por su amor hasta el punto de casarse de forma clandestina; sin embargo, la presión de esa rivalidad y una serie de fatalidades conducen al suicidio de los dos amantes. Hace poco tiempo presencié una obra de teatro del mismo autor en la ciudad, y quedé tan prendada que quise saber más de sus libros. Y aquí me tienes, sabiendo un poco más...

La muchacha se giró para mirar al chico, el cual ahora estaba sentado a su lado. Gregorio había puesto una cara muy extraña, tenía los ojos y la boca muy abiertos, pues se le había secado de repente. La tensión que sufría era debido a que no había entendido nada de lo que ella había dicho y ahora, Marcela, lo miraba expectante. Le tocaba hablar a él y solo se le ocurrían temas de la mar. ¡Eso no podía interesar a esa chica de ciudad!

– ¿No conoces los libros de William Shakespeare?– preguntó inquisitiva.

–Pues verás... yo me tuve que embarcar muy joven y lo cierto es que no tuve tiempo de aprender a leer, así que... bueno, ya sabes...

Entonces, Marcela, sintió un nudo en el estómago. Por una parte se sentía culpable por haber sido tan bocazas, y por el otro lado sintió compasión.

– ¿Nunca hubo nadie que te enseñara?–preguntó sinceramente interesada.

–Lo cierto es que no. Mi amante fiel a sido toda mi vida la mar y supongo que no puedo hacer nada por evitarlo.

Marcela tamborileó con sus dedos sobre el libro unos segundos, se mordió el labio mientras pensaba y luego volvió a hablar.

–Si tú quieres yo podría enseñarte un poco, así tú también podrías disfrutar como lo hago yo de estos libros.

–No sé... yo no quiero ser molestia–musitó Gregorio.

–Yo después de las clases de piano y antes del almuerzo suelo venir aquí a leer. Si te vienes algún día, te enseñaré. Seguro que nos lo pasaremos muy bien juntos.

Gregorio asintió levemente y sonrió con fuerza. La chica más bella que había visto jamás acababa de decirle que quería volverle a ver. ¡Más o menos!

–Ya es tarde–continuó Marcela–. He de irme.

–Si quieres puedo alcanzarte en mi burra. Aunque es joven, es muy fuerte.

–No hace falta, muchas gracias. Aunque me veas aquí sola, no lo estoy realmente– la chica se giró, cogió aire y silbó con fuerza. Segundos más tarde, apareció su hermoso caballo desde más allá de los abetos–. Se llama Cipriano. Es el más mimado de mis corceles.

–Es precioso...

–Es mejor que no nos vean llegar juntos–dijo mientras subía a su caballo–. No sé qué malas lenguas podría inventar historias de nosotros. Así que yo iré ahora al trote y bueno... tú llega cuando puedas. ¡Nos vemos, Gregorio! ¡Ya espero tu próxima visita!

Marcela cabalgó y cuando se hubo alejado unos doscientos metros, Gregorio consiguió cerrar la boca. Había quedado completamente anonadado. Unos segundos después, se sacudió la cabeza, subió a la burra y le dio cuatro fuertes golpes con los talones para que avanzara. La burra torció las orejas hacia atrás,

lo miró y resopló. Diez minutos después... la burra comenzó a andar lentamente.

El día transcurrió sin más sobresaltos. Entregó el atún, volvió al barco para arreglar esas cosas pendientes que tenía y por la noche pudo reunirse con sus amigos.

–Así que mañana iré por allí y...

– ¡Eh! Sabes que mañana nos embarcamos ¿verdad?–dijo Benito.

– ¿Qué? ¿Tan pronto?–preguntó Gregorio algo desilusionado.

–Sí. Vamos a ir hacia el sur. En las aguas cercanas apenas quedan sardinas, así que vamos a intentar encontrar nuevos bancos– se explicó Arturo.

– ¡Dichoso Fermín!

– ¿Qué vas a hacer?–preguntó Benito.

– ¿A qué te refieres?

– ¿A qué me voy a referir? A esa chica... estaremos fuera unas dos semanas, puede que más. ¿Qué crees que pensará si, después de haberte ofrecido su ayuda, tú tardas dos semanas en volver a verla?–en tono grave y compasivo–. Se olvidará de ti.

– ¡Tienes razón...!–Gregorio arañaba la mesa con las uñas mientras maquinaba un plan–. ¡Tengo que verla!

– ¡Zarpamos al alba!–soltó Arturo el cual ya andaba algo bebido–. No creo que te dé tiempo de verla. ¡OTRAS TRES CERVEZAS POR AQUÍ GUAPA!

Margarita, la dueña de la posada, les acercó tres nuevas jarras. Aunque Gregorio no había bebido nada en absoluto.

– ¡Exacto! ¡Iré ahora mismo a buscarla y le diré que me espere! Volveré a las dos semanas y todo arreglado.

– ¿Qué dices? ¿Estás loco? ¿Ir en plena noche a la mansión delos Baeza, colarte, solo para decirle eso a esa chica? ¿A caso sabes en qué ala del edificio está su habitación? ¿Y qué pasará si te ven merodeando? ¡Seguro que vuelves con el culo lleno de perdigones! Cortesía de Leopoldo Baeza–Benito le guiñó el ojo de forma irónica mientras hablaba.

– ¿Y qué puedo hacer entonces?

–Simplemente déjalo estar, Gregorio. No fuerces los sentimientos. La encuentre por casualidad. Deja que eso mismo sea lo que los vuelva a unir. Y si al cabo de un tiempo no acabas estando con ella... pues simplemente es que esa no era la mujer de tu vida. ¡Así de simple!

–Pero... ¿pretendes que me quede sin hacer nada? ¿Qué la deje escapar sin más? No puedo hacer eso ahora que la he conocido.

– ¿Prefieres que piense que eres un desesperado que entra en sus tierras en plena noche para avisarla de que no va a volver en dos semanas? Tú mismo lo dijiste: *Será duro y lo sabemos, pero allí estamos nosotros, sujetando con fuerza. Pasa el tiempo,*

creemos que jamás conseguiremos nada y justo cuando pensamos en tirar la toalla... sientes algo.

–Tienes razón, Benito. Debo calmarme.

– ¡Y lo que yo debo hacer es ir al baño!—Arturo con la mirada perdida, se levantó, dio dos pasos y calló de bruces en el piso. Pero en vez de emitir cualquier sonido de dolor, el enorme y peludo muchacho, comenzó a roncar fuertemente.

– ¿Y qué hacemos con éste? ¿Lo levantamos?—Preguntó Benito.

– ¿Estás loco? ¡Ahí se queda hasta mañana!—sentenció Gregorio—. Terminemos estas cervezas y vamos a dormir.

Horas antes del alba, Arturo abrió los ojos. Notó que tenía la boca pastosa y la cabeza le pesaba más de la cuenta. Al intentar levantarse, la gata de la dueña cayó en un remolino de arañazos y le dejó el cuerpo completamente marcado. Al parecer, la enorme cabeza de Arturo junto con su pelo andrajoso y enmarañado, eran una buena cama para la gata. La cual aprovechó para acurrucarse encima de su oreja abanada. Y claro está que al levantarse de golpe...

– ¡Putita gata!

Los días en la mar pasaron lentos. Las noches eran frías y húmedas, y en lo único en lo que conseguía pensar nuestro amigo era en... bueno, es obvio. El caso es que para aquel chiquillo, la espera se estaba convirtiendo en una tortura inmensa.

Por fin, el tiempo pasó. Y el barco llamado *La Graciosa* llegó al puerto de Isla Verina. Gregorio estaba ansioso. Mientras descargaba las cajas de sardinas, no hacía más que otear la marabunta de personas del mercado. Entre todas ellas, buscaba a Marcela con ahínco. Pasaron las horas, y el siguió buscando pero ella no apareció.

A la mañana siguiente, mientras Gregorio llevaba unos botes de barniz para arreglar la cubierta del barco, Marcela apareció detrás de él.

–¡Hola Gregorio! No sabía que ya habías vuelto.

El muchacho se giró, y de la congoja que le entró al verla tan cerca y tan de repente, los cacharros se le cayeron de las manos, desparramándose por el piso. Se apresuró a recoger los botes e intentó volver a meter el barniz vertido con las manos. El pobre estaba hecho un flan.

–¡Lo siento, yo...!

–No tienes por qué sentir nada– dijo ella en un tono conciliador–. Deja, yo te ayudaré a llevarlo.

–De ninguna manera...

–Tranquilo, no pesan mucho. ¿A dónde vamos?

–Al puerto, muchas gracias.

Juntos emprendieron la marcha.

–Bueno Gregorio, ¿te has pensado mi oferta de enseñarte a leer y escribir?

–Lo cierto es que no he pensado en otra cosa.

–¿Y qué me dices?

–¡Que sí, que me encantaría! Pero no quisiera causarte ningún problema.

Una de las cosas que le gustaban a Marcela de Gregorio, era que la trataba de tú. Era un muchacho sencillo y no se andaba con las monsergas de la gente adinerada de la ciudad. Todo eso la tenía cansada y veía en ese chico una inocencia y una naturalidad muy especial.

–Mientras mi padre no se entere de que nos vemos a solas, no creo que haya problema.

–¡Ah! ¿A solas? Pensé que tu niñera estaría con nosotros–
mintió.

–No, no. Creo que, en cuestión de enseñanza, es mejor que no haya más gente. Podrías distraerte más fácilmente–también mintió–. Bueno... no te importará que continúe haciendo mis recados ¿verdad?

–No, no, por supuesto–Marcela le devolvió los cacharros que ella cargaba, se sonrieron y ella volvió a hablar.

–En la parte oeste de mi mansión, hay un pequeño estanque. Una familia de castores vive allí. Es un paraje precioso. Creo que es buen lugar para que comencemos tus lecciones. ¿Qué te parece si a la tarde te pasas por allí? Yo estaré esperando.

—¡Vale! ¡Allí estaré!

Se despidieron, y cada uno continuó su camino. No sin antes parar varias veces para mirar atrás, y sonreírse como dos tortolitos.

Capítulo 2

Transcurrido un mes exacto Gregorio ya conocía la gran mayoría del alfabeto y conseguía leer algunas palabras sin grandes dificultades. Se habían reunido Marcela y él unas cuatro veces en total en el estanque de los castores.

El calor del verano era sofocante. Gregorio propuso un baño. Marcela, por supuesto, se negó tímidamente. No creía que fuera propio de una señorita mostrar su ropa interior delante de un hombre. Pero lo cierto es que la temperatura estaba por las nubes (en ambos sentidos) y a Gregorio no le costó mucho convencerla.

— ¡Ya puedes darte la vuelta!—dijo ella después de meterse en el agua.

— ¿Seguro? ¡No quisiera yo... importunarte!—soltó irónicamente.

Marcela soltó una dulce risita, le salpicó con el agua y dijo:

—Ven aquí, tontito.

Y fue entonces cuando sucedió. Él tragó saliva, la garganta se le reseco de golpe. Se acercó lentamente a ella, la miró fijamente a los ojos color nuez moscada y el cúmulo de emociones contenidas durante todo ese tiempo, hizo implosión dentro de sus cuerpos a través de sus labios. Apenas duró unos segundos, pero fue tan intenso, que todo el cosmos pareció estremecerse. O puede que fueran ellos dos los que temblaran.

Cuando se separaron lo suficiente, se miraron directamente a los ojos. La respiración acelerada y entrecortada emanaba como vapor desde sus bocas y subía en espiral entre los dos cuerpos.

—¿Estás segura de esto? Yo no soy más que un humilde pescador y tú tienes un brillante futuro por delante.

—¡No me hagas esto!

—¿El qué?

—¡No me hagas sentir culpable por lo que siento!—ella lo acarició suavemente con las manos en la cara, juntó frente con frente y continuó—. ¡Ven conmigo!

—¿A dónde?—dijo Gregorio con el corazón desbocado.

—A un lugar en donde podamos estar más... cómodos.

La oscuridad del crepúsculo los ocultó entre las sombras mientras se deslizaron entre los árboles para acabar llegando al establo. Y allí, entre los montones de la paja seca, se lanzaron a la aventura.

Ella agarró su miembro con fuerza. Parecía no querer dejarlo escapar bajo ningún concepto. Él, impregnado de un valor hasta ahora latente, rasgó con fuerza su ropa, dando una furtiva libertad a los turgentes y pomposos pechos de la señorita Baeza. Luego, no pudo aguantar el deseo incontrolable, y los tuvo que besar, generosamente. Parecía no querer enfadar a ninguno de los dos bustos. “¿Cómo dices señor pecho derecho? ¿Qué he besado al señor pecho izquierdo tres veces y a usted solo dos veces? ¿No se preocupe señor pecho derecho! ¡Voy en camino!”. Incluso creyó oportuno ponerles nombres, para no liarse tanto.

Pero rápidamente, Marcela, lo sacó de toda fantasía para traerlo de vuelta a la realidad. No pudo aguantarlo más, abrió las piernas y dio vía libre al afortunado muchacho. Gregorio, cerró los ojos y tanteó el terreno. Al principio le costó un poco encontrar el camino, pero en cuanto estuvo en él, empujó con suavidad y entró completamente de un solo movimiento. Jamás había sentido nada igual en su vida, era una sensación indescriptible. Era como cuando llevas muchísimo tiempo sin comer y de repente consigues un buen bocado que te sacia y te reconforta. Se sintió el hombre más importante del mundo, sintió que podía lograr todo aquello que se propusiera, sintió que era inmortal.

A Marcela en cambio, le costó un poco sentirse bien. Las primeras estocadas del muchacho le habían dolido bastante, pero poco a poco notó una sensación de placer intenso.

No creo necesario contar como continuó el asunto. Pero lo que si os puedo decir, es que los dos consiguieron sentirse, por primera vez en su vida, completamente satisfechos.

Lo que los dos muchachos no sabían era que realmente no estaban tan solos como ellos pensaban. Escondido en una de las cuadras estaba Iñigo. El cual era uno de los hombres que trabajaban en el campo de los Baeza. Había estado bebiendo desde por la mañana y quedo inconsciente, con la botella en la mano. Tan mala fue la suerte de nuestros dos amigos, que el borracho se despertó justo a tiempo para enterarse de todo.

–No tengo palabras para describir lo que acabo de sentir–dijo Gregorio mientras aún estaban acostados, uno junto al otro.

– ¿Qué nos ha pasado?–Marcela se llevó una mano a la cabeza, como queriendo despertar del hermoso sueño.

–Pues... que ha pasado lo que tenía que pasar. Era lo que querías... ¿verdad?

–Sí, bueno... me atraes mucho y no creo que esto sea un error, pero todo es muy complicado.

– ¿Por tu familia?– Gregorio miró a otro lado, como si no soportara ver como Marcela lo ejecutaba allí mismo con sus palabras.

–Sí–soltó. Y Gregorio cerró los ojos por el dolor.

– ¿Se lo dirás?

–No estoy segura yo...– no hizo falta que continuara la frase. Gregorio hizo un gesto indefinido de aprobación– es muy complicado. Pero no quiero dejar de verte. Durante todos estos días he ido desarrollando un sentimiento muy bonito hacia ti. Pero tampoco quiero obligarte a esto.

– ¿A qué te refieres?

–A vivir toda esta historia bajo la clandestinidad. Creo que nadie se merece eso.

–Si la recompensa es poder estar contigo, creo que podré soportarlo.

– ¡Eso dices ahora! Pero... ¿Qué pasará cuando pase el tiempo y la cosa vaya a más? Y no puedo prometerme ni que se lo vaya a contar a mi familia, ni que en el caso de que lo haga, puedan llegar a aceptarte. Porque tú...

– ¡No hace falta que lo digas, eh!—preso de un sentimiento muy agri dulce y completamente nuevo para él, se levantó y salió del establo a grandes zancadas. Ella lo siguió y lo abrazó por la espalda antes de que se perdiera entre las sombras.

–No te pongas así. ¡Yo siento algo por ti! Aún es pronto como para definir claramente qué es, pero no quiero perderte.

–Ni yo quiero hacerte elegir entre tu familia o yo, ni forzarte a que me presentes. Pero no me gusta cómo me siento ahora mismo. Creo que tengo que pensarlo.

– ¿Qué quieres pensar?—Marcela adoptó un peligroso tono de reproche.

–Aun no lo sé, yo... –

¿Tú me quieres?

–Yo...

– ¿Me quieres o no?

–Yo solo...

–Suéltalo chico. ¿Me quieres o no?

–Yo nunca he querido a nadie, y contigo siento algo completamente nuevo y muy fuerte. Pero no sé lo que es. Aunque creo que si te quiero.

Entonces Marcela no pudo aguantar más la presión del momento. Las lágrimas cayeron por su fina piel y se abrazó al muchacho. Él, sorprendido, dudó un segundo. Pero cuando pudo reaccionar, le devolvió el abrazo.

– ¿Cuándo volveré a verte?—preguntó Marcela, sin limpiárselas lágrimas de la cara.

–No lo sé con certeza. Cada vez es más difícil encontrar los peces y tenemos que ir más y más al sur. Si tengo suerte, estaré aquí en dos semanas. Si no, puede que en un mes.

Siguieron despidiéndose unos minutos más. Luego, Gregorio, se mezcló con la oscuridad y salió de las tierras de los Baeza, por el sendero que Marcela le había enseñado. Ella entró a hurtadillas dentro de la casa. Y en lo más oscuro de la más oscura cuadra, Iñigo, tomó otro trago de lo que quiera que llevase en su botella y volvió a quedarse inconsciente.

El alba llegó envuelta en una densa bruma. Al este, más allá del horizonte, el sol ardía con un fuego rojo intenso. Isla Verina

empezaba a despertar paulatinamente, mientras, cuatro personas, se preparaban para comenzar un nuevo viaje.

– ¿Qué te pasa hoy Gregorio?—preguntó Benito—. ¡Te veo apagado!

–Es por lo que te conté anoche...

–Pero no te pongas así hombre. Que aunque no se lo quiera contar a sus padres, seguro que está loquita por ti.

–No sé qué decirte.

– ¿Tú la quieres?

– ¡Qué preguntas me haces! Yo...

– ¿Entonces? Déjate querer y punto.

–Ya, si lo sé. Pero es que en el fondo, me hiera en el orgullo.

–Entiendo. ¿Y qué vas a hacer?

– ¿A qué te refieres?

–Qué si vas a seguir viéndola.

–Claro que sí. Se me ha metido muy dentro y lo único que quiero es terminar este viaje ya, para poder volver a verla.

– ¡Eres un pesado! Que te quede claro—soltó Arturo, cuando pasó al lado de ellos—. Yo hay una cosa que no entiendo, ¿por qué conformarte con una si puedes tenerlas a todas?

–Pues muy sencillo, porque a la única que me sale querer es a esta—replicó Gregorio—. Yo veo a las demás y es como si no estuvieran.

–Pero si anoche ya conseguiste lo que querías—continuó Arturo—. Ahora toca pasar a otra cosa.

–No, eso no es todo lo que yo quiero de ella. No sé exactamente que es, pero sé que quiero mucho más.

En ese momento, apareció Roberto (el hijo de Fermín). Parecía estar abrumado por el trabajo que se le venía encima, y también se notaba que algo le preocupaba bastante. Serio y distraído se acercó a Gregorio.

–¿Está todo preparado?—preguntó Roberto.

–Casi, nos falta traer las redes y podemos partir.

–¿Estás seguro de que puedes manejarlo? Lo cierto es que pre-fiero perder algo de pescado, antes que perder el barco entero— hubo un silencio incomodo, un intercambio de miradas, y como si acabara de darse cuenta de algo importante soltó—, o a alguno de sus tripulantes.

–Ya lo he llevado otras veces.

–Sí, pero bajo la supervisión de mi padre. Esta vez vas a estar solo tú como máximo responsable.

–Tranquilo Roberto, no va a haber ningún problema. Iremos muy al sur, encontraremos las sardinas, y volveremos con el barco a rebosar.

–Eso espero. Y también espero que para cuando vuelvas, mi padre esté mejor. Nunca se había puesto tan enfermo. Tengo que hacer todo su trabajo y creo que me va a explotar la cabeza.

–Pues tú tranquilo que nosotros no te vamos a dar problema alguno. Puedes confiar en mí.

–Bueno, voy a seguir con el trabajo. Sal en cuanto esté todo preparado.

Roberto se esforzó para esbozar una sonrisa y luego se marchó. La amabilidad que demostró ese día fue algo inusual. Tal vez le preocupaba tanto su padre que era incapaz de pensar en otra cosa. El caso es que no se volvió a producir, y menos con Gregorio. Se acabó convirtiendo en una persona seria, dura y triste. Se casó con una mujer de bandera, llevó el negocio de su padre hasta la gloria, tuvo muchos hijos y a los cincuenta y dos años, se acabó quitando la vida. Una historia triste, de un hombre triste. Pero me estoy andando por las ramas. Y nada de eso viene a cuento.

Tiempo después, todo estuvo preparado. Y el barco, de nombre *La Graciosa*, zarpó rumbo sur, en busca de los esquivos bancos de sardinas. Los primeros días, todo fue con normalidad. Al cuarto, el motor se paró de repente.

–¡Arturo!

–¿Si, mi capitán?

–¡Déjate de chorradas! Ve y despierta a Bernardo, que el motor se ha parado.

¡Basura de barcos estos, nada como uno de vela! Pensó Gregorio.

–¿Qué pasa Gregorio?–preguntó Bernardo, restregándose los ojos.

–El motor se ha parado. Intenta arreglarlo.

–Vale–dio media vuelta, bajo hasta la sala del motor y no se le volvió a ver hasta tres horas después. Cuando volvió a subir, tenía toda la cara manchada de grasa y resoplaba por el esfuerzo–. Esto motores son una mierda–dijo–. Han inventado unos nuevos que se llaman motores diésel. Díselo a Fermín cuando volvamos. Eso es el futuro. Prueba ahora.

Gregorio probó y lo motores volvieron a funcionar.

–¡Arturo!

–¡Sí, mi capitán!

–¡Qué te dejes de chorradas! No soy tu capitán.

–¡No, mi capitán!

–¡Cómo quieras! Vuelve abajo, que seguimos el viaje.

–¡Sí, mi capitán!

Benito, que estaba cerca comenzó a reírse, mientras miraba al horizonte. Gregorio hizo un gesto, impreciso, cómo dando a entender que no iba a seguirle el juego a Arturo. Y Arturo bajó sin más.

–Aquellas nubes de estribor, son muy oscuras.

–Cierto.

–Puede que esta noche haya tormenta –predijo Benito.

–Puede ser.

–¿No te preocupa?

–La verdad es que no mucho. Si hay tormenta, pues nos mojaremos. Lo único en lo que puedo pensar es en terminar de pescar rápido, para poder volver a casa.

–Una vez, cuando era pequeño, un hombre llamado Tiago, me dio un arco y unas flechas. *¿Para qué es esto?* Le pregunté. *Para que me ayudes* respondió. Ese hombre me enseñó a tirar con el arco. Me enseñó a contener la respiración antes de disparar, me enseñó que las flechas siempre caen, así que hay que apuntar un poco por encima del objetivo. Y cuando creyó que estaba preparado, me llevó al bosque. Rastreeé durante horas, yo lo seguí emocionado, hasta que encontramos al ansiado ciervo. Nos agazapamos y avanzamos con cuidado. Me miró, y me dijo...

¿Tienes miedo? Respondí que sí y él me dijo *eso quiere decir que no estás loco*. En ese momento no pude entenderlo bien, pero creo que ya lo hago. El miedo nos mantiene vivos. ¿Entiendes?

Gregorio asintió con el rostro serio, pero en lo único en que pensaba realmente era en Marcela. Puede que Gregorio también entendiera las palabras de Tiago tiempo después de escucharlas, o puede que no.

Lo primero que llegó fue el viento. Pequeñas olas golpeaban el barco con un ritmo constante. Más tarde, comenzó a oscurecerse el día. Todos, en el barco, miraban con recelo al cielo turbulento que los alcanzaba poco a poco. Todos, menos uno. Gregorio, con una sonrisa bobalicona en la cara, permanecía ajeno a lo que se les venía encima. A continuación, comenzó a llover. A medida que aumentaba el viento la lluvia empezaba a ser cada vez más horizontal. Y cuando cayó el primer rayo, cómo si despertara de su idílico sueño, se dio cuenta de que la temida tormenta, que Benito había previsto, los había alcanzado de lleno y ya era demasiado tarde para evitarla.

Las olas crecían por segundos, el viento proyectaba las gotas de agua tan fuerte, que parecían perdigones. Se hizo la noche en el día. Dos metros, tres metros, cuatro metros, cinco metros. Las olas crecían y el barco, cual patito de goma, se veía arrastrado por ellas.

— ¡Agarraos!—gritó Gregorio cuando todos estuvieron en la cubierta.

El agua corría libremente sobre el barco desplazando con ella los aparejos de pesca, los bártulos y cajas de pescado. Los rayos parecían ser atraídos por el metal de la chimenea, pues decenas de

ellos cayeron cerca de los muchachos. Uno incluso le quemó un poco las cejas a Arturo. O eso pensó él cuando notó un olor intenso a chamusquina.

No tardó en formarse un caos inmenso. Los tripulantes corrían de aquí para allá, intentando amarrar lo mejor posible todo aquello que pudiera perderse por la tormenta. Mientras, Gregorio mantenía firme el barco intentado que la siguiente ola no fuera la que destrozara la embarcación por la mitad.

No sé si fue fruto del azar o simplemente de la torpeza. Pero Bernardo, el cual estaba agazapado, agarrado al barco y deseando que todo pasara, vio de repente como una de las cajas que había amarrado se soltaba y comenzaba a moverse, peligrosamente, por la cubierta. Dudó un segundo, pero el sentido del deber pudo más que el de la prudencia y se lanzó decidido a arreglar el problema. Dio unas grandes zancadas, agarró la caja y se incorporó. Una ola enorme golpeó el barco por una banda, Bernardo tropezó y, junto con la caja de pescado, fue a parar a las embravecidas aguas del mar del sur.

– ¡Bernardo ha caído al agua!—gritó Benito.

– ¡Tenemos que ayudarlo!—soltó Arturo en un tono muy agudo.

Se podían ver los brazos del hombre en medio de la oscuridad. Los agitaba con desesperación y, aunque era casi inaudible, llegaban sus gritos de terror. La maniobra era complicada, si una ola cogía al barco en una mala posición, volcarían y todo se acabaría en cuestión de minutos. Pero tenían que ayudarlo.

Gregorio comenzó a dar la vuelta al barco.

– ¡Allí está, aun lo veo! ¡Date prisa!–Benito era presa del pánico, pero sabía que si flaqueaba ahora su compañero moriría.

Cuando estuvieron cerca lanzaron un cabo. El hombre estaba exhausto y apenas conseguía mantener la cabeza fuera del agua.

– ¡Vamos cógelo!–gritó Gregorio desesperado.

Bernardo consiguió agarrar la cuerda, pero las fuerzas lo estaban abandonando con rapidez y al tirar de él, se le escapó de las manos.

– ¡Inténtalo, hombre! ¡Estamos aquí contigo!–las palabras de ánimo de Benito animarían a cualquiera. Pero Bernardo estaba exhausto. Miró a los muchachos como queriéndose despedir y entre el ruido, el viento y la lluvia, Bernardo se hundió.

– ¡Nooooo!–gritaron al unísono. Arturo, se alongó y rebuscó en el agua. Estaba abatido y buscaba a Bernardo con furia. Gregorio lo agarró con una mano, mientras con la otra mantenía firme el timón. Tiró de él y lo volvió a meter dentro del barco.

– ¡Amarraos!–ordenó. Y fue lo último que pudo decir ese día, pues el impacto de otra ola gigante, lo hizo resbalar y quedó inconsciente al golpearse la cabeza contra el timón.

Benito y Arturo fueron a ayudarlo. La sangre se mezclaba con el agua salada y se deslizaban juntas por la cubierta. Arturo agarró a su amigo en peso y lo llevó abajo mientras Benito manejaba el

timón. Tiempo después el marinero de espesa barba volvió a subir. Se amarraron al barco y tuvieron que luchar ellos solos contra la tormenta.